



La democracia

Prólogo de
Fernando Vallespín

Robert A. Dahl

Ariel

Robert A. Dahl

La democracia

Prólogo y traducción de
Fernando Vallespín

ariel Quintaesencia

Título original: *On Democracy*

Primera edición: junio de 2012

Primera edición en esta presentación: enero de 2022

Publicado originalmente por Yale University

© 2000 y 2022, Robert A. Dahl

© 1999, 2012 y 2022, Fernando Vallespín,
por el prólogo y la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.ariel.es

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.

ISBN 978-84-344-3494-3

Depósito legal: B. 19.729-2021

El papel utilizado para la impresión de este libro
está calificado como papel ecológico y procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



ÍNDICE

<i>Prólogo.</i> Robert Dahl y la teoría de la democracia, por FERNANDO VALLESPÍN	IX
---	----

I. ¿Necesitamos realmente una guía?	1
---	---

PRIMERA PARTE EL COMIENZO

II. ¿Dónde y cómo se inició el desarrollo de la democracia?	9
III. ¿Qué queda por delante?	31

SEGUNDA PARTE DEMOCRACIA IDEAL

IV. ¿Qué es la democracia?	41
V. ¿Por qué la democracia?	53
VI. ¿Por qué la igualdad política? I. Igualdad in- trínseca.	73
VII. ¿Por qué la igualdad política? II. Competen- cia cívica.	81

TERCERA PARTE
DEMOCRACIA IDEAL

VIII.	¿Qué instituciones políticas requiere una democracia a gran escala?	97
IX.	Variedades I: Democracia a distintas escalas	117
X.	Variedades II: Constituciones	139
XI.	Variedades III. Partidos y sistemas electorales	151

CUARTA PARTE
CONDICIONES FAVORABLES Y DESFAVORABLES

XII.	¿Qué condiciones de fondo favorecen la democracia?	167
XIII.	¿Por qué el capitalismo de mercado favorece a la democracia?	191
XIV.	¿Por qué el capitalismo de mercado daña a la democracia?	199
XV.	El viaje inacabado	207
APÉNDICE A.	Sobre sistemas electorales	219
APÉNDICE B.	Acomodación política en países divididos cultural y étnicamente	223
APÉNDICE C.	Una relación de países democráticos	227
<i>Notas</i>		231
<i>Lecturas adicionales</i>		243
<i>Reconocimientos</i>		249
<i>Índice temático</i>		251

¿NECESITAMOS REALMENTE UNA GUÍA?

A lo largo de la segunda mitad del siglo xx, el mundo fue testigo de un cambio político extraordinario y sin precedentes. Todas las principales alternativas a la democracia, o bien desaparecieron, o se transformaron en residuos exóticos, o se retiraron de la palestra para encerrarse en sus últimos baluartes. En anteriores períodos del siglo, los enemigos premodernos de la democracia —la monarquía centralizada, la aristocracia hereditaria, la oligarquía apoyada en el sufragio restrictivo o exclusivista— ya habían perdido su legitimidad a los ojos de gran parte de la humanidad. Los principales regímenes antidemocráticos del siglo —comunismo, fascismo, nazismo— desaparecieron en las ruinas de una guerra calamitosa o, como la Unión Soviética, colapsaron desde dentro. Las dictaduras militares habían sido bastante desacreditadas por sus fracasos, particularmente en América Latina; allí donde consiguieron sobrevivir, adoptaron una fachada pseudodemocrática.

¿Había al fin ganado la democracia la disputa por el apoyo del pueblo a lo largo y ancho del mundo? Difícilmente. Los valores y movimientos antidemocráticos continuaron existiendo, frecuentemente asociados al nacionalismo fanático o al fundamentalismo religioso. Los gobiernos democráticos (con diferentes grados de «democracia») existían en menos de la mitad de los países del mundo, y abarcaban a menos de la mitad de la población mundial. Un quinto de la población del mundo vivía en China, que en

sus cuatro mil años de eminente historia jamás había experimentado un gobierno democrático. En Rusia, que sólo había hecho la transición al gobierno democrático durante la última década del siglo, la democracia era frágil y gozaba de un débil apoyo. Incluso en países en los que la democracia había sido establecida hacía tiempo y parecía asegurada, algunos observadores pensaron que estaba en crisis, o al menos severamente afectada por una disminución de la confianza de los ciudadanos en que sus líderes electos, los partidos políticos y los cargos públicos, pudieran combatir adecuada y eficazmente cuestiones como el persistente desempleo, la pobreza, la delincuencia, los programas del bienestar, la inmigración, la política fiscal y la corrupción.

Supongamos que dividimos los casi doscientos países del mundo entre aquellos con gobierno no democrático, aquellos con gobierno democrático reciente, y aquellos con gobierno democrático antiguo y relativamente bien establecido. Ciertamente, cada grupo contendrá un conjunto de países de gran diversidad. Aun así, nuestra triple simplificación nos permite comprobar cómo vistos desde una perspectiva democrática cada uno de los grupos afronta un desafío diferente. Desde la perspectiva de los países no democráticos, el desafío consiste en ver si pueden realizar la *transición* a la democracia y cómo han de hacerlo. Para los nuevos países democráticos, el reto es ver si y cómo pueden ser reforzadas las nuevas instituciones y prácticas democráticas o, como dirían algunos politólogos, si pueden ser *consolidadas*, de forma que puedan pasar la prueba del tiempo, el conflicto político y la crisis. Para las viejas democracias, el reto estriba en perfeccionar y *profundizar* la democracia.

En este punto, sin embargo, bien cabría preguntar: pero ¿qué es lo que entendemos por democracia? ¿Qué distingue a un gobierno democrático de otro no democrático? Si un gobierno no democrático hace la transición a la democracia, ¿*hacia dónde* se dirige la transición? ¿Cuándo podemos saber si la ha efectuado o no? En lo referente a las democracias en proceso de consolidación, ¿qué es exac-

tamente lo que se consolida? Y ¿qué significa hablar de profundizar la democracia en un país democrático? Si un país es ya democrático, ¿cómo puede llegar a ser más democrático todavía? Y así sucesivamente.

Sobre la democracia se ha discutido una y otra vez a lo largo de los últimos dos mil quinientos años, tiempo suficiente para aportar un ordenado conjunto de ideas sobre la misma en el que todos, o casi todos, podrían estar de acuerdo. El que sea para bien o para mal es ya otra cosa.

Los veinticinco siglos a lo largo de los cuales la democracia ha sido discutida, debatida, defendida, atacada, ignorada, establecida, practicada, destruida, y después reinstaurada, no han conseguido, o así parece, generar un acuerdo sobre algunas de sus cuestiones fundamentales.

Irónicamente, el mismo hecho de que la democracia posea una historia tan dilatada, ha contribuido a la confusión y al desacuerdo, pues *democracia* ha significado muchas cosas distintas para gente diferente en diversas épocas y lugares. En efecto, durante largos períodos de tiempo de la historia humana, la democracia desapareció en la práctica, sobreviviendo apenas como una idea o una memoria entre unos pocos distinguidos. Hasta hace tan sólo un par de siglos —diez generaciones, digamos—, la historia de auténticos ejemplos de democracia era muy breve. La democracia fue más un objeto de debate filosófico que un sistema político real que pudiera ser adoptado y practicado por la gente. E incluso en los extraños casos en los que realmente existió una «democracia» o una «república», la mayoría de los adultos no estaban autorizados a participar en la vida política.

Aunque, en su sentido más general, la democracia es antigua, la forma de democracia de la que principalmente voy a ocuparme en este libro es un producto del siglo xx. Hoy hemos llegado a presuponer que la democracia debe garantizar el derecho de voto a prácticamente cualquier ciudadano adulto. Aun así, hasta hace unas cuatro generaciones —en torno a 1918, o al final de la Primera Guerra

Mundial— en toda democracia o república independiente que había existido hasta entonces, una buena mitad de todos los adultos había sido excluida del pleno derecho de ciudadanía. Eran, desde luego, las mujeres.

Aquí hay, entonces, una cuestión llamativa: si aceptamos el sufragio universal de los adultos como requisito de la democracia, en prácticamente todos los países democráticos habrá algunas personas que tendrán más años que su sistema de gobierno democrático. La democracia en nuestro sentido moderno puede no ser exactamente joven, pero casi no tiene nada de antigua.

Inmediatamente podrá objetarse: ¿acaso no eran los Estados Unidos una democracia desde la Revolución americana en adelante —una «democracia en una república», como Abraham Lincoln la denominó? El ilustre escritor francés Alexis de Tocqueville, después de visitar los Estados Unidos en 1830, ¿acaso no tituló su conocida obra como *De la democracia en América*? Y, en el siglo v a. C. ¿no llamaron los atenienses a su sistema político «democracia»? ¿Qué fue la república romana sino una forma de democracia? Si «democracia» ha significado cosas diferentes en épocas distintas, ¿cómo podemos llegar a estar de acuerdo sobre lo que hoy en día significa?

Podemos proseguir con otras cuestiones: ¿por qué, en todo caso, es deseable la democracia? Y, ¿cuán democrática es la «democracia» en países que hoy calificamos como democráticos: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Noruega, Australia y muchos otros? Más aún, ¿es posible explicar por qué estos países son democráticos y otros no? Las preguntas podrían seguir y seguir.

La respuesta al interrogante del título de este capítulo es, entonces, bastante clara. Si está interesado en buscar respuestas a algunas de las preguntas más básicas sobre la democracia, una guía puede ayudar.

Desde luego, a lo largo de este corto periplo no encontraremos respuestas a todas las cuestiones que podríamos querer plantear. Para que nuestro viaje sea relativamente

breve y manejable, tendremos que evitar innumerables caminos que quizá pensara debieran ser explorados. Puede que sea así, y espero que al final de nuestro recorrido usted decida emprender esta tarea por sí mismo. Para ayudarle, al final del libro encontrará una breve lista de obras relevantes para facilitarle lecturas sucesivas.

Nuestra travesía se inicia en el principio: los orígenes de la democracia.